

## Todas las flores de mayo

Juan Antonio López Segura

*He vuelto a quedarme dormido en el sofá. Son las cinco y media de la mañana y, aunque he intentado meterme en la cama a dormir un rato más, ha sido en vano. Sin embargo, algo ha cambiado. Estoy asustado, por primera vez en mucho tiempo. Llevo meses levitando sobre un mundo que no es el mío, como un globo de feria, cada vez más alto. Ahora, de pronto, la cuerda tira de mí hacia abajo. El vértigo me asfixia.*

*Al despertarme en el comedor sólo la luz de la televisión daba forma a las cosas. En el monitor estaba la imagen de siempre; en el reproductor, la cinta de vídeo que lleva medio año presa en sus entrañas. Ya no se oye la música. Cada vez que he visto la película se ha perdido una nota. Algún día se perderán también las imágenes.*

*He sentido algo extraño al notar la cabeza de Layca sobre mi pierna y los rizos de su pelo enredar mis dedos. He escuchado su respiración pausada que me susurraba al oído "confío en ti, estoy en tus manos". Algo parecido a la vida vuelve a llamar a mi puerta.*

*Me ha costado tanto encontrar las palabras... Ahora, cuando al fin me decido y se enlaza una letra con otra para dar forma a esta historia, me sumerjo en los espacios y vuelvo a empezar. Será difícil recorrer una vez más la senda después de mirar durante todo este tiempo el abismo. Al principio vendrá conmigo y, con ella, sus risas, sus abrazos, sus llantos, su pelo negro, su dulce piel, su sonrisa eterna... Y, algún día, de pronto, volverá a dejarme solo. Sin embargo, no me asomaré de nuevo al vacío. Es posible que sea pronto para mí y que deba vivir cien veces, persiguiendo cada sombra, descansando en cada piedra del camino. Pero seguiré adelante, lo prometo, se lo debo a ella.*

*Una cosa más... Aunque escribo en primera persona, estas páginas no me pertenecen. Ahora ya lo sé. Mi nombre es lo de menos. No es la vida de dos médicos*

*nacidos en mundos distintos, ni tampoco es la de ella. Es la vida de todos, de un mundo que nos fue dado, y que seguirá girando aunque no estemos en él, una historia que yo escribo y que firma Laura, ni niña.*

Me despedí de mi hija el treinta de agosto de 2008. Aunque en Madrid es imposible tener frío en agosto, yo tenía las manos heladas. El cuerpo me temblaba en un escalofrío incesante. La adrenalina campaba a sus anchas y me hacía bailar como una marioneta. Apenas faltaban cuarenta minutos para que despegase el avión. Secó una lágrima de la tarjeta de embarque con la yema del pulgar y, enterrando su rostro en mi cuello, me dio un abrazo que me dejó sin resuello

*-Me cuidaré, papá, te lo prometo. Quédate tranquilo, que en Navidad volveremos a vernos. Y mima mucho a mi Layca. Sabes que le gusta salir a pasear sin prisas, y mejor por la tarde que por la mañana, aunque si puedes...*

*-Sí, sí, ya sé, mañana y tarde...*

Ya no pude decir nada más. Laura cogió la bolsa de viaje y empezó a correr. Sólo se giró una vez a mirarme. Desde el pie de las escaleras, la vi pasar el arco del control policial antes de continuar corriendo hacia su sueño. No había nadie en la cola. Era verano y nadie esperaba con sus maletas para pasar por el detector, nadie retuvo a mi hija unos segundos para poder verla una vez más. Agosto agonizaba y faltaban aún cuatro meses para unas Navidades que nunca llegaron.

La última imagen que me queda de ella resume perfectamente lo que fue su existencia, una loca y vital carrera persiguiendo ideales, y capaz de estremecer el suelo que pisaban sus pies. A mi me hubiese gustado que estudiase medicina, como yo. Pero su padre no era un buen espejo en el que mirarse. Tal vez lo habría sido si no hubiese aparcado tan pronto mi disfraz de rebelde. Llegué a la universidad a mediados de los setenta, cuando las protestas, las reuniones estudiantiles para fraguar un nuevo sistema, eran un modo de vida.

En el centro de todas las huelgas, pancartas y desaires a la autoridad estábamos siempre los mismos. Luego, al finalizar la carrera, me afilié a un sindicato que abandoné cuando a los dos años me hicieron jefe de servicio. La famosa Movida madrileña me encontró ya con el pelo engominado.

La madre de Laura soportó poco tiempo mi ritmo de trabajo. Ella siempre fue un espíritu libre. Se enamoró de un revolucionario y, sin darse cuenta, estaba casada con un médico cretino y estirado. Una mañana, cuando la niña tenía cinco años, se fue de casa. Escribió desde Ibiza, luego desde Holanda y ya nunca más supimos de ella.

Laura maduró demasiado pronto. Tal vez fue la sensación de abandono que provoca en una niña la pérdida de su madre, o mi distante frialdad. Nunca le gustaron la música o los deportes que le busqué como actividad extraescolar para ocupar las horas que el hospital requería de mí. Sin embargo, era feliz en los grupos de colonias que organizaba la parroquia del barrio. Lo que comenzó como un entretenimiento se convirtió pronto en su razón de vida. Con doce años, Laura era la responsable del grupo de los más pequeños. Todos sus ratos libres los pasaba en el local social, con los niños u organizando sus actividades. Un fin de semana de cada ocho, de viernes a domingo hacían salidas a albergues de la provincia, y, con un poco de suerte, eran dos salidas en lugar de una. Evidentemente, yo estaba encantado y mi agenda profesional, también.

Sin darme cuenta, Laura estaba en la escuela de enfermería. Lo único que heredó de mí, al margen de la facilidad para las lenguas, fue su dedicación a los enfermos, aunque en su caso, diría más bien a los débiles, a los frágiles. Pero ella no quería pasar seis o siete años en ninguna facultad de medicina, ni seis o siete horas sentada en un despacho. Si la hubiese observado un poco más, si hubiese leído entre líneas al hablar con ella, me habría dado cuenta antes que Laura era como su madre, un alma pura, ajena a las fronteras y a los dictados del hombre. De haber estado atento a esos sutiles detalles, sus palabras no habrían atravesado mi cuerpo como una lanza el día de la entrega de diplomas.

*-Papa, me voy a la República del Congo, a Goma.*

Para cuando me dio la noticia ya lo había organizado todo: el viaje, las vacunas, el pasaporte... Llevaba meses preguntando en organizaciones no gubernamentales. En la mayoría de ellas, su edad, veinte años, y su escasa experiencia profesional fueron un obstáculo. Sin embargo, pudo contactar mediante la parroquia con una congregación religiosa que llevaba años trabajando en Kivu del Norte y que no puso ningún impedimento. Las siguientes palabras congelaron mi sangre.

*-Voy a colaborar a un campamento de refugiados. Es algo que tengo que hacer ahora o no lo haré nunca.*

Me llamó desde Goma, a los dos días de su partida, después de hacer escala en Alemania.

Goma era también conocida como “la ciudad de los muertos”. La guerra fratricida que llevaba años desangrando aquel país africano había atestado de campos de refugiados los alrededores de la ciudad. Luego, en el invierno de 2002, el volcán Nyiragongo dejó claro que las desgracias que allí había llevado el hombre no serían las únicas en pasear por sus calles. Casi medio millón de personas fue evacuado de aquella zona durante esos días, escapando del violento avance de la lava. Los campos de refugiados, dejados de la mano de Dios y del hombre desde hacía varios años, fueron abandonados a su suerte. A uno de esos campos de penuria y desolación fue a parar mi niña, con los ínfimos recursos que la congregación religiosa obtenía de occidente, su cándida ilusión y su obstinado vigor juvenil.

En el hospital de campaña conoció a Mweze y Kayembe. Kayembe había sido herido en el abdomen con una especie de daga oxidada tratando de proteger a su madre de unos indeseables. Las mujeres eran carne de cañón en aquellos territorios. No pudo hacer nada por ella y, a duras penas, pudo salvar la vida. Lo llevaron a la tienda de campaña que hacía las veces de hospital la misma tarde que Laura llegó al campamento.

Kayembe tenía quince años; su hermano Mweze, apenas nueve. Hijos de Sylvain y

Yerodia, eran los dos últimos supervivientes de su familia. Sylvain había sido un médico de reconocido prestigio en la provincia de Kivu del Norte. A lo largo de los años supo vadear con maestría los cambios de gobierno que fueron sucediéndose en el Congo. Las generosas dádivas en forma de cobre, plata, oro, uranio o diamante con que la tierra obsequiaba a aquel lugar de África siempre fueron botín preciado para el mundo occidental. Las piedras que emanaban de las entrañas del planeta pagaban sobradamente los pretextos para que naciones y tribus hermanas luchasen entre sí. En menos de veinte años, lo que un día había sido un inmenso jardín repleto de vida, fue saqueado, arrasado por miles de incendios; las nuevas generaciones aprendieron a vivir de las limosnas de occidente, a montar y a desmontar fusiles con los ojos cerrados, pero olvidaron los ciclos de los cultivos; los ríos fueron contaminados por los vertidos de las minas o por tribus rivales y las bestias de cuatro patas murieron para dejar espacio a otras bestias que caminaban erguidas. La familia de Sylvain no fue ajena a ese panorama desolador. Un día cualquiera, uno de esos días en los que las cafeterías y las tiendas del centro de Madrid están llenas de gente que protesta por los precios, por los atascos, por el frío o el calor, un grupo de mercenarios entró en casa del médico y, ayudados por machetes y fusiles, ajusticiaron a Sylvain, a Majune, el hijo mayor que lo ayudaba en la consulta, y a los pacientes que esperaban para ser visitados. Yerodia, Mweze y Kayembe salvaron la vida porque habían ido a la ciudad a comprar. Cuando vieron las llamas en las granjas vecinas ya no intentaron acercarse a casa. Se escondieron durante tres semanas en los bosques del Nyiragongo antes de dirigirse a Goma. Malvivieron en los campos de refugiados dos meses antes que aquellos salvajes atacasen a Yerodia. Y luego todo terminó.

El mundo conocido por Kayembe y Mweze abarcaba la distancia que los separaba. Laura no necesitó que las hermanas de la congregación le dijese nada para volcar todas sus energías en aquellos dos hermanos. El pequeño, además, le recordaba a uno de los niños que había llevado en los grupos de la parroquia. Durante cuatro noches los hermanos

durmieron en el mismo camastro. Mweze le daba a su Kayembe su ración de comida. Estaban acostumbrados a pasar los días con un par de sorbos de agua y un puñado de *engrudo* de cualquier cosa. Laura no tardó en darse cuenta. Empezó demasiado pronto a repartir la poca comida que le correspondía, al tiempo que pasaba con ellos las exiguas horas que los quehaceres en el campamento le permitían. La recuperación de Kayembe fue una de las primeras recompensas y, por qué no decirlo, escasas, que mi hija obtuvo de aquel lugar.

El tiempo en el campo de refugiados pasó volando. Laura se dedicaba a repartir ropa, comida, agua, medicamentos elementales, a limpiar mínimamente a los heridos o enfermos... Aunque mi pequeña comprendió pronto que su labor más importante en aquel campo de refugiados era mantener a los vivos alejados de los muertos. Las epidemias arrasaban todo aquello que la barbarie y la codicia no habían podido aniquilar. En los tres meses que estuvo allí, sólo hablamos nueve o diez veces por teléfono. Le dije que volviese, que allí no había nada que hacer, que enfermaría si no regresaba pronto. Pero siempre me contestó lo mismo, que aquel era su sueño, que había mucho trabajo por hacer, que aquellos niños lo merecían todo...

La última vez que hablamos su voz era apenas un murmullo, un susurro roto por el cansancio. Sin embargo sus palabras eran pura alegría.

*-¡Papá, papá! Hoy he ayudado a nacer a un niño, yo sola, sin ayuda del médico. ¡Dios mío, es maravilloso! Y venía mal ¿sabes?, venía mal, con los brazos por delante Si lo vieras... Es tan guapo...*

No puedo explicar mucho más. La de mi hija no fue una gran aventura. Eso queda para las películas americanas, o para los libros de más de quinientas páginas. Simplemente entregó su vida a aquella gente. Su muerte no fue portada en las noticias de televisión ni en los diarios. Un día me llamaron al hospital las hermanas de la congregación. Mi hija estaba muy débil. La fiebre y la diarrea habían hecho mella en su delgado cuerpo. No podía hablar,

deliraba. No querían exponerse a un traslado. Le pusieron suero, antibióticos... Para cuando tuve arreglados los papeles, era demasiado tarde. Mi hija había dejado su casa, su mundo impoluto, perfecto, para ayudar en aquel infierno y murió como tantos millones de africanos, en un camastro, sola, sin padre ni madre que la acompañasen, por una salmonella o una gripe intestinal que en mi hospital habría solucionado con cuatro sueros, cualquier antibiótico y un poco de sopa caliente.

De mis días en el Congo guardo pocos recuerdos : la bolsa negra que envolvía su cuerpo, las interminables conversaciones con las fuerzas armadas internacionales para repatriar el cadáver, el olor a muerte y la rabia, sobre todo, la rabia. La fingida calma que había mantenido durante los días previos, dio paso a un furibundo ataque de ira, con gritos, golpes y blasfemias de todo tipo hacia la gente, nativa o extranjera, que vivía en el campamento cuando pude ver que mi hija no llevaba en su cuello el colgante que le había regalado al cumplir quince años.

Aquel había sido un día especial. Siempre habíamos celebrado juntos su cumpleaños. La mayoría de veces compraba enormes bolsas de comida china para cenar en casa, aún sabiendo que sobraría casi toda. Le encantaba. Me gustaba verla disfrutar de su momento, de su regalo... Para sus quince años parecía que iba a ser imposible mantener la tradición. Laura tenía salida ese fin de semana con el grupo de la parroquia y yo tenía que dar una ponencia en un congreso nacional de tantos que se celebraban. En cuanto bajé del estrado no me lo pensé. Fui a la joyería más cercana, pasé por el primer restaurante chino que vi abierto y me subí en el coche en dirección a la sierra. La cara que puso cuando me vio llegar no he podido olvidarla, ni creo que lo haga jamás. Comimos con los niños y el resto de monitores. Luego me llevó a una ladera que había cerca del refugio donde se albergaban. Nos tumbamos en el prado y ella apoyó su cabeza en mi hombro, como hacía cuando era pequeña. El sol de la tarde se reflejaba en el colgante y apenas podía mirar su rostro. Fueron unos minutos mágicos. Sus ojos se fundieron con el cielo y con las flores que acunaban

nuestros cuerpos. *“Si el Paraíso existe debe parecerse a esto. Es un buen sitio para pasar la eternidad. ¿No te parece?”*. No sé si moví la cabeza o sonreí a las palabras de Laura. Lo único seguro es que en ese momento comprendí que mi pequeña se había convertido en toda una mujer.

Volví a Madrid en un avión militar acompañado por soldados que regresaban para celebrar las Navidades en familia. Yo llevaba el cuerpo de Laura. Dos días más tarde fui solo al refugio donde habíamos celebrado sus quince años y esparcí allí sus cenizas. Estábamos a principios de diciembre y no había flores en “su ladera”.

No contaré lo que pasó los meses siguientes. No es difícil de imaginar. Momentos malos sucedieron a otros peores. Un día, hace un par de semanas, los jardineros del ayuntamiento estaban trabajando en el parque bajo los tibios rayos de abril. Habían cambiado los aspersores que estaban rotos y colgaban los carteles que avisaban de la tala de ramas. Algunos de ellos, saneaban el césped y echaban nuevas semillas que no tardarían en brotar. El perro no tenía ganas de pasear, ni yo de subir a casa. Hacía una hora que estaba sentado en las escaleras de mi edificio, escribiendo cosas absurdas en una libreta. Podría haber pasado días enteros allí plantado. Nada cambiaría. Los vecinos habrían pasado a mi lado en discreto desfile, yo seguiría escribiendo idioteces, el perro permanecería sentado a mis pies, y la primavera continuaría su lento pero irremediable avance, cubriéndome de polen y recordándome con cada flor, con cada nido, que la vida no se para ante nadie. Seguramente estaba deseando que el perro se fuese con los jardineros para hacer su vida más alegre y la mía más sencilla, cuando el chico de piel negra llamó al interfono de mi casa. La primera vez no hice caso. Cuando volvió a insistir, me incorporé.

*-¿Qué quieres?*

*-Me llamo Kayembe. Traigo un mensaje de Laura*

Ahorraré los detalles. Aunque no me sobraba la energía, empujé al muchacho con tanta rabia que lo hice rodar por las escaleras. Luego me mostró el colgante de mi pequeña...

Kayembe había cruzado selvas, estepas, desiertos y montañas en Ruanda, Uganda, Sudán, Chad, Níger, Mali, Mauritania y Marruecos. Acompañado por su hermano, se había desplazado en camiones, en autobuses, en camellos, a pie y, finalmente, en patera. Habían viajado solos o formando parte de ingentes multitudes de apátridas, en caravanas de refugiados protegidas por cascos azules, o en grupos clandestinos de mercaderes que comerciaban con emigrantes y sueños. Habían aprendido de pastores y de señores del desierto a oler el viento, a mirar en dirección al sol, aún en días de tormenta, a caminar de noche con la estrella Polar como única brújula. Llegaron a Conil en patera y, de ahí, a Madrid. No les importaba vivir en la calle. Ya saldrían adelante. El averno había quedado atrás. Pero antes tenían una promesa que cumplir.

Fue así como supe que los dos hermanos habían acompañado a Laura en sus últimos días. Después de la recuperación de Kayembe, nunca llegaron a separarse del todo. Ellos ayudaban a limpiar el campamento, a portear bultos o montar tiendas y a cambio recibían algún extra de comida y fabulosas historias de un mundo mejor. El muchacho me dijo que mi hija le dijo la noche antes de morir que podía coger todas sus cosas de valor con una condición, que abandonasen aquel campamento inmediatamente y que algún día me trajesen su colgante favorito. Porque ella sabía que no viviría.

Hasta el final, Laura dibujó pequeños sueños, aún con la certeza de que no sería ya la protagonista de ellos. Imaginó a dos muchachos atravesando media África persiguiendo una vida mejor y a su padre, triste y cansado, aferrando un pequeño colgante con los ojos húmedos.

*Ya termino. Se me acaba el papel. El sol ha borrado la penumbra de las calles y de los parques que rodean este piso. Me llegan de la habitación que una vez fue de Laura las respiraciones profundas de dos chicos que descansan tranquilos. Layca toca mi pierna con el hocico. Le toca salir. Hoy es sábado y podremos entretenernos un rato más.*

*Mañana volveremos al refugio. Me será casi imposible llegar a sentirla. Tampoco*

*importa. Sé que está ahí, aunque no pueda tocarla, que siempre ha estado, aún cuando mis oídos no le prestaban atención, que estará eternamente, después incluso de que mis ojos se apaguen. Me gustaría sentarme a los pies de “su montaña” y poder divisar por mí mismo lo que ella veía. Desearía gritar al viento que soy capaz de aletear entre los millones de flores que desde allí se contemplan, que estoy dispuesto a difuminarme en el colosal tapiz de colores que tejen un año sí y otro también sabiendo que, hagan lo que hagan, el sol tendrá que secarlas. Pero me conformo con seguir caminando, sin asomarme al vacío. Te lo debo, Laura.*